

Palabras del Profesor Principal Dr. Luis Jaime Cisneros, en la ceremonia de Imposición del grado de Doctor h.c. a don Jorge Luis Borges. 22 de noviembre de 1978.

La Universidad Católica ha acordado otorgar el más alto grado honorífico a Jorge Luis Borges, y a mí me toca -por generoso error- razonar esta decisión.

Poeta, ensayista, narrador, tres lujos asiduos de Borges, postulan este derecho. No voy a refugiarme en la necia explicación de cuál de esos lujos justifica por sí solo la efusión de esta jornada. Profesor Honorario de la Universidad de Ingeniería, Doctor h.c. de la Universidad de San Marcos, su presencia hoy en la Universidad Católica confirma que Jorge Luis Borges es desde hace siglos uno de nuestros auténticos maestros. Está en las inexorables leyes físicas que en este recinto se conjeturan diariamente, en la consabida prosa latina de los clásicos, en el fervor inteligente de Gracián, en el seguro estilo de los movimientos de la milonga argentina. No es verdad que hoy lo incorporamos al claustro y lo hacemos saborear la victoria. En algún poema suyo podemos leer:

Eso es alcanzar lo más alto;
lo que tal vez hemos de conseguir en el cielo:
no admiraciones ni victorias
sino sencillamente ser admitido
como parte de una Realidad innegable,
como la piedra y los árboles.

Ni una admiración ni una victoria están, por tanto, implicadas en la fiesta. En horas en que asfixia el ulular de las ideologías momentáneas, y en que la cultura es avasallada por seguros presupuestos armamentistas, reconocemos a Borges como parte esencial de esta realidad innegable de la cultura, y esta ceremonia claramente nos lo devuelve en propiedad, como las piedras y los árboles y las flores, que son también insoslayable heredad nuestra.

Esta no es, pues, una consagración universitaria, sino una manifestación de fe en la vida intelectual. Fe en la cultura. Fe en los destinos libres de la lengua creadora. En

cendida fe en que no es un delito soñar ni la libertad, ni la justicia, ni la literatura (en que se encierran todas). En países entristecidos por el analfabetismo y la penuria económica, es grave delito universitario fomentar asomos de penuria intelectual. La Universidad premia, por eso, en Borges el ejemplarizador ejercicio intelectual. La presencia del poeta es hoy más importante para nosotros que la del Profesor de Literatura de la Universidad de Buenos Aires. Borges, galardonado con algunos de los premios internacionales eventuales, es transitoria noticia. Borges creador, es inmortal. Para perfijar esa inmortalidad, la Universidad Católica lo incorpora solemnemente al claustro de sus doctores.

Y en esta hora del mundo, vale la pena destacarlo. Vale todas las penas del mundo definirse. O estamos del lado de la luz, o nos amparamos en la sombra. Y en la luz, intacta dentro de su circunstancial luto, se mueve la clara obra creadora de Borges. Una intensa vida de ejercicio intelectual ha sido su larga batalla, en que leer fue siempre más urgente y decisivo que vivir; él mismo anunció un día que no había ejercicio intelectual inútil. A ese provecho acumulado de sus lecturas rendimos hoy tributo. Habría deseado la Universidad es es cenario de una vasta biblioteca en que lucieran las obras de Pierre Mesnard, los seis volúmenes, en cuarto menor, de la Iliada de Pope, o la primera versión inglesa de Plinio, la de Philemon Holland, o la Historia de la Guerra Europea de Haddell Hard. Habríamos ornado las paredes con evidentes retratos de Stevenson de su querido Berkeley y del imprescincible Minotauro. Y hasta algún arriesgado pintor nos habría ayudado perennizando en el lienzo las palabras en Junín pronunciadas, entre el polvo victorioso, por aquel coronel Isidoro Suárez, que hizo de la audacia buena costumbre de su espada, "y a las lanzas del Perú dio sangre española". Pero desechando razonadamente esas hermosas ilusiones, la Universidad ha preferido este severo ambiente para que en él pueda resonar en toda su dimensión humana la obra entera y total de Jorge Luis Borges. No quiere la Universidad Católica que el olvido sea orilla de tanta gloria, y trae al instantáneo cuerpo de Borges para sentarlo entre sus doctores. No lo trae como una curiosidad, para gozo de circunstanciado de eventuales cronistas. Repite su nombre con la misma familiaridad con que nombra a Virgilio, y lo sienta en calidad de profeesor que viene a presidir una conversación hecha de memorias del Pasado y del mañana. Este día que vive usted aquí hoy, Borges, no es por eso una ilusión, otal vez es una ilusión que se reviste de realidad para nosotros.

Y por qué hace esto la Universidad? Porque es casa primordial de saber, y porque también frecuenta de vez en cuando el mundo de lo fantástico. Acá soñamos que la verdad y la libertad y la justicia han de quebrar a la prepotencia igno-

rante. Casa de reposo para las lanzas y de vida para los libros. Casa para leer, oír y admirar las leyes de Kepler, los cuadros de Picasso, una extraordinaria reacción en las retortas, una sesuda reflexión sobre las vocales griegas, un poema de Borges, un cuento de Borges, un ensayo de Borges, una meditación de Borges sobre el propio Borges, Borges multiplicado en testimonios que nos permiten reconocer en él a Whitman y a Sarmiento, a Stevenson o a Berkeley. Por eso realiza la Universidad esta ceremonia. Para que Borges se sienta realmente en su casa, lo trae a la casa del saber. Y lo rodea de jóvenes, que de alguna manera repiten imágenes que ayer fueron sorprendidas en las aulas por el genio verbal del escritor. Lo rodea para que pueda Borges ofrecer, desde su penumbra interior, la iluminada lección de fe en la creación humana. Si los jóvenes están aquí para escuchar al maestro, Borges sabe que de algún modo habla esta mañana ante quienes serán su inmortalidad aquí en la tierra.

Dialogar con Borges, en un dilatado seminario, es lo que propone hoy la Universidad al consagrar a Jorge Luis Borges como su doctor honorífico, mientras afuera los lobos imponen el unánime miedo de la sombra.

Y porque estas palabras mías no quieren esmerarse en ejercicios doctorales, prefieren destacar lo singular de esta ceremonia. Poeta mayor de la Antología, cuyos días memorizarán puntuales historiadores, no vamos a convertir ahora a Borges en repertorio de fichas para fruición del investigador novel. Quiero sólo preguntarme en alta voz en qué consiste lo que hay de vital en su obra. Y digo en seguida que el motor de esa vitalidad son sus lecturas. La vida se le ha ido en este vasto paraíso de interminables bibliotecas. La vida está en sus fuentes y en sus obras. Claro es que no descubriremos en el rastreo ni la anécdota propicia al amor, ni el desgraciado diálogo político, ni siquiera el brusco rasguear de la milonga. Y para los que se esmeran en preguntas de estilo ramplón, adelantemos que si Borges es un escritor comprometido, lo está desde el inicio con la literatura. Está comprometido con la literatura porque lo está consigo mismo. Su compromiso es con el hombre. Es decir, con el hombre que es todos los hombres. Está comprometido con el hombre concreto que hoy se sienta en esta aula magna, como con el mendigo que espera en el umbral, como con el que ayer atravesó los llanos urgicos por las lanzas forajidas de Quiroga. Es compromiso de hombre auténtico. Borges es, al fin y al cabo, experto en cosas humanas. Todas las cosas humanas lo atraen, todas lo rozan, y el vertiginoso cúmulo de ellas nos lo ha hecho vivir alguna vez en El Aleph: el amor y el odio, el triunfo y la muerte, la verdad y la literatura, la razón y la sin razón. Ellas constituyen y justifican su originalidad y su importancia.

Pero el rigor exige a un profesor de filología aludir, siquiera para aminorar el escándalo de una presentación informal, el tema del tiempo circular. Borges es el tiempo, y en el tiempo está Borges desde siempre. El tiempo es también (ya lo sabemos) el laberinto (si lo medimos en la variante espacial), y es asimismo la creación recurrente (si nos atenemos a la causalidad). Por eso el tiempo se nos aparece un día perdiéndose y esfumándose, o en quietud momentánea, en infinitos espejos; y por eso también nos extasia ocasionalmente ante algunas perfectas y calculadas simetrías. Cogido en la trampa del tiempo, Borges ha incurrido en la necesidad de inventarlo en sus propias refutaciones. Con la mención del tiempo, claro se está (y repito a los críticos) que la meditación filosófica se esparce a lo largo de su obra total, y hay que saber descubrirla en sus poemas, que son la secreta forma de su dicha. Tal vez convenga destacar en esta ceremonia la tarea que más tiempo le ha insumido al escritor: la creación literaria. Varias son las confesiones de Borges sobre su desesperación de escritor. Crear significa agregar algo a la tarea ya iniciada por los otros. Pero los otros son cada uno de los hombres, y cada uno es su propio sueño, y cada sueño es el universo. ¿Cómo explicar esta ardua tarea creadora, que debe cumplirse con instrumento tan limitado, si no nos acompaña una fe en la facultad creadora del hombre? Lo único que lo explica es la necesidad de una creación recurrente. Borges es un fiel testimonio, y en verdad no importa mucho que se haya tipificado esta necesidad como "una aporía metafísica permanente". Borges es la desesperación del escritor.

¡A qué agregar vanas y laboriosas palabras a lo que sienta esta audiencia que hoy devuelve a Jorge Luis Borges la magia del doctorado honorífico, en instantes en que nos devuelven las cenizas del Inca Garcilaso, que inauguró entre nosotros el ejercicio literario, Ustedes sabe el secreto, Borges. Sus trabajos no en vano comenzaron en un jardín de Tebas Hekatómpylos, en tiempos de Diocleciano. Usted es también uno de los que, con nosotros, descubre que Borges era un antiguo doctor de este templo. Con su voz y su presencia, enriquecidos de letras humanas, buscaremos también desde hoy, como aquel fatigado guerrero, el río misterioso y llegaremos a la fortaleza, y seremos inmortales. Ya sabemos los peligros que para los hombres tiene la inmortalidad, y usted los reseña minuciosamente para nosotros, anticipándose a esta ceremonia. Pero qué vamos a hacer, si sólo así podremos construir la vida del tamaño de nuestra esperanza!

(12/10/70)

Señor Rector de la Universidad, señores miembros del claustro: la Universidad incorpora hoy como su Doctor h.c. a Jorge Luis Borges. Somos ahora una familia infinita, y de ahora en adelante:

perduraremos con exaltadas minucias,
..... inmutablemente individuales,
como la línea pura del mapa
sigue los meandros de la limosa corriente,
como el noble recuerdo
corrige las verguenzas de los días.

Cisneros